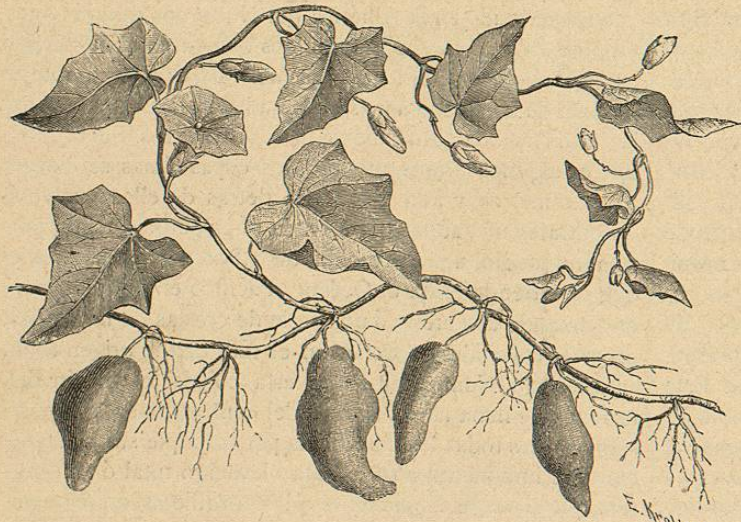


Estas montañas orientales de las dos Américas forman hacia el Oeste mesetas y colinas en cuyas vertientes están emplazadas las fuentes de grandes ríos; estas colinas y mesetas alcanzan gran desarrollo en la América del Sud. El interior del Brasil, por ejemplo, es una tabla de 600 á 800 metros de altura cubierta de colinas que en Minas Geraes se eleva á 1.200 y en Itambe á 1.800 metros y que está rodeada en la parte del mar por una cordillera marginal y al Norte y al Sud por terrenos bajos hacia los cuales va descendiendo suavemente. El vapor de agua que se desprende del Atlántico no llega hasta este país interior que en la América del Norte está fertilizado, en cambio, por el Mississipi; donde quiera que estos territorios interiores no están cruzados por aguas corrientes preséntanse como sabanas (campos, entre los brasileños) y en ellos el período de lluvias cenital del hemisferio Sud está profundamente separado del período seco de los aliseos del Sudeste. Te-



Batata (*Convolvulus batatas*)  $\frac{1}{4}$  de su verdadero tamaño

nemos, pues, una gran semejanza entre éstas y las sabanas de Africa, pero en las de América aparece mayor variedad en los vegetales, debida á la variedad de la composición del suelo. Las elevaciones del suelo que se encuentran hacia el interior de la Guayana Inglesa no se presentan en forma de violentas transiciones de llanura á montaña sino que surgen gradualmente por medio de series de montes que acaban por alcanzar en las cordilleras de Canucu, Paracaima, Carawaimen y Acarai una altura de 400 y en Roraima de 800 metros.

Las sabanas ó llanos de Venezuela y de Guayana son consecuencia, como los campos y las pampas, de un cambio brusco de la sequedad á la humedad, cuyos efectos son favorables á la formación de las llanuras. Las cordilleras y los bosques retienen la humedad procedente del mar. En el vasto territorio que se extiende entre la falda oriental de los Andes de Nueva Granada y los bosques de la costa del Atlántico reina suma sequía mientras soplan los aliseos del Norte, llegando la humedad cuando el sol se acerca á su cenit porque entonces el viento Sudoeste empuja desde el hemisferio meridional el aire húmedo que contienen los húmedos bosques ecuatoriales. El límite Sud de las sabanas de Venezuela está situado aproximadamente en los 6° de latitud Norte. Estos llanos son llanuras cubiertas de hierba, que ofrecen aquí y allí diseminados algunos arbustos, especialmente de la familia de las mimosas, y que nunca aparecen tan completamente desprovistas de árboles como

las estepas sino que ostentan de cuando en cuando palmeras-abanicos, protáceas y malpigiáceas; estos árboles, sin embargo, son de pequeño tamaño y raquíuticos. En aquellos puntos en que, como en la Guayana Inglesa, se encuentran diseminados por los llanos oasis formados por árboles de selvas vírgenes, los árboles que en los mismos crecen no alcanzan la altura que en los bosques vírgenes tienen; en las épocas de sequía los llanos presentan el aspecto de campos de cereales pobremente sembrados. La variedad de la vegetación se halla favorecida no sólo por el clima sino también por la configuración del suelo; allí donde ésta es ondulada y ofrece muchos y muy distintos emplazamientos, la riqueza de especies es siempre grande. En el territorio del bajo Amazonas no faltan sabanas, pero éstas están cruzadas por líneas de árboles siempre verdes. A menudo lo que limita la vegetación es únicamente la calidad del suelo, desarrollándose aquélla en toda su riqueza y exuberancia en la Hylea, territorio que contiene las más magníficas selvas vírgenes tropicales. Siguen luego al Sud del territorio central de Paraná las pampas que en el idioma del país significan praderas desprovistas de árboles y en sentido más lato indican toda la estepa que se extiende entre los Andes chilenos y el mar. La vegetación de estas pampas es, al Norte, la de arbustos análoga al chaparral de California; más hacia al Sud se presenta la pradera propiamente dicha.

La sencillez y la grandiosidad de la topografía de América se reflejan en las corrientes de esta parte del globo, pues así como las cordilleras son las más largas montañas de la tierra, así también el Amazonas es el río más caudaloso del mundo y junto con el Plata y el Orinoco compensan sobradamente la falta de accidentes que se nota en la América del Sud. Con el Orinoco y el Amazonas se abren vías acuáticas que se extienden desde el mar hasta casi los estribos de las cordilleras, ofreciendo grandes beneficios á la población. Como medio de tráfico reune, además, el Orinoco la ventaja de que los vientos aliseos soplan hasta la altura de San Fernando, de modo que gracias á ellos pueden los buques de vela vencer la pendiente del río; en el Amazonas las mareas llegan á 120 millas de la desembocadura, siendo la pendiente del río, en sus seis octavas partes, tan insignificante que Tabatinga, distante 650 millas de la desembocadura, no está más que á 80 metros sobre el nivel del mar. A esto se agregan los muchos afluentes navegables que especialmente en el lado Norte constituyen una verdadera red de vías de tráfico, por medio de las cuales podrían establecerse sin grandes dificultades comunicaciones navegables con los afluentes del Orinoco. En la América del Norte la navegación llega tan adentro del continente, gracias al Mississipi, al Missouri y al Ohío desde el Sud, al San Lorenzo desde el Este, al Colombia y al Jucón desde el Noroeste y al Saskatschewan y al Athabaska desde el Norte, que la mayor parte de sus territorios son navegables aun para buques de alto bordo. Los indios con sus pobres embarcaciones supieron explotar muy poco las ventajas que tales ríos les ofrecían; en cambio este modo de ser hidrográfico desempeñó importantísimo papel en la conquista y en el descubrimiento. Haenke, hablando de algunas tribus sudamericanas, dice: «Los nombres de los chiquitos, de los moxos y de los apolobambas serían todavía un misterio si los ríos Paraguay, Grande y Beni no hubiesen indicado el camino que á ellos conducía y lleva-

do á sus primeros descubridores á esas regiones que por los demás puntos eran inaccesibles.» Esta afirmación puede ser aplicada á millares de tribus, especialmente á las del Este y á las del interior. Los ríos fueron los que señalaron á los europeos anchos caminos que conducían á los países centrales y que de tener que abrirse en tierra firme no hubieran podido ser tan fácilmente practicables ni en un siglo. En el Norte desempeñan un papel análogo, aunque más limitado por algunos obstáculos, las cuencas cubiertas de agua del Canadá y de los países de la bahía de Hudson que juntas forman un verdadero mar de agua dulce cuya superficie total es la mayor de cuantas en el globo se conocen.

Si estudiamos á vista de pájaro la configuración del suelo de la América del Norte, veremos que sus montañas y sus elevadas mesetas dejan espacio principalmente á tres grandes llanuras, á saber: una que cae al Norte y encierra los ríos Mackenzie, Athabaska y Mississipi; la otra corresponde al Sud y comprende el Mississipi, y la tercera se extiende al Nordeste y abarca los grandes lagos canadienses y el río San Lorenzo. En el punto en que se tocan la llanura septentrional y la meridional aparece enclavado el lago Superior, el eslabón más occidental de la cadena de lagos, comenzando desde aquí á descender la meseta del interior hasta ir á parar á la gran cuenca lacustre. Desde la salida del San Lorenzo del lago Ontario hasta más allá del círculo polar extiendese una cadena de depresiones del suelo que forma una especie de canal enmarañado con muchas ampliaciones y apéndices: unas y otros son principalmente los lagos entre los cuales no aparece ya ninguna elevación del suelo importante. A partir de este grandioso canal y en dirección al Este y al Norte se encuentra un país acerca del cual dice el geólogo canadiense Dawson: «Aquí todos los ríos, todos los torrentes tienen sus lagos respectivos. A cualquier punto que se dirija el viajero puede estar seguro de hallar un lago en todas cuantas colinas ascienda. Hay tantos, que llega á hacerse difícil resolver si este país ha de ser descrito más bien como un lago colosal con algunas porciones de tierra aquí y allí esparcidas que como un territorio cruzado por corrientes y depósitos de agua.»

Los etnógrafos del pasado siglo consideraron el clima de América como excesivamente frío y húmedo, habiendo estado durante mucho tiempo á la orden del día la prematura cuestión de hasta qué punto ha sido esto perjudicial para este continente desde el punto de vista del contingente por el mismo prestado á la humanidad. Hoy en día, sin embargo, es ya imposible considerar el asunto de una manera tan general y formular juicios y fallos tan absolutos, puesto que América contiene también los países más cálidos y secos de la tierra por más que no sean nunca tan extensos como los abrasadores desiertos del interior de Africa y de la Australia. Y si algún rasgo general hemos de señalar en el clima de América, no puede ser otro que la variedad de condiciones climatológicas, consecuencia necesaria de la situación y configuración de esta parte de la tierra. En el Norte el clima ártico penetra de tal suerte en el continente que la península del Labrador situada á la misma latitud que Inglaterra es un país inhospitalario y escasamente poblado. El invierno frío y el verano caluroso caracterizan el clima de la mayor parte de la América del Norte y por esta razón sólo encontramos cultivados en ella los frutos del Sud en los territorios meridionales de la Florida y de la Luisiana. La mitad meridional de California es, en la costa del Pacifico, un oasis de clima italiano, pero á medida que se va entrando en el interior y que se encuen-

tran las montañas de rápida pendiente, conviértese este vergel en la parte más árida del continente, en el territorio de las estepas y de los desiertos de la América del Norte. Al Este de una línea que, por lo general, coincide con los 98° de longitud son los chubascos bastante frecuentes para favorecer el crecimiento de las plantas de cultivo y de los árboles de los bosques hasta el punto de ser posible la agricultura sin riego artificial, desarrollándose el arbolado de manera que si no espesas selvas forma extensos y agradables bosques. En cambio, al Oeste de aquella línea — excepción hecha de algunos pequeños territorios entre los cuales sobresalen el de Washington y las comarcas de Oregón bañadas por el mar — la escasez de agua es tan grande que la agricultura sin riegos artificiales se hace imposible y las selvas sólo aparecen en estrechas fajas junto á las co-

rrientes ó en las montañas á una altura de 2.000 á 2.500 metros. La diferencia de intensidad de lluvias motiva este contraste entre las dos mitades, pero además de esto tenemos que la parte occidental poco favorecida por el agua pluvial ofrece menos condiciones favorables á la agricultura que la oriental á consecuencia de la naturaleza de su suelo montañoso y abundante en mesetas y de la importante elevación total de su territorio. Sólo quedan exceptuados de esta regla Oregón y California. En tesis general puede, sin embargo, decirse que el clima del Este de la América del Norte es favorable ó por lo menos no desfavorable á la agricultura y á los bosques é indirectamente también á la ganadería, al paso que el del Oeste las hace en gran parte imposibles.

Análogas condiciones encontramos más hacia el Sud. Los territorios occidentales son los más secos desde Méjico á Patagonia y si desde los afluentes del Plata nos dirigimos hacia el Oeste nos encontraremos con territorios que por su sequedad y por su carácter de estepas, que es consecuencia de la misma, nos recordarán á los que se encuentran cuando se atraviesan los afluentes occidentales del Mississipi. En la llamada región de las pampas las llu-



*Chenopodium Quinoa*.  $\frac{1}{3}$  de su verdadero tamaño. a Rama con frutos de tamaño natural — b Fruto aumentado

vias disminuyen hacia el interior, de modo que de los 1110 milímetros que alcanzan en Montevideo descienden hasta 200 en Mendoza, ciudad situada á 750 metros sobre el nivel del mar y en cuya comarca las lluvias son copiosas, puesto que revisten forma de tormentas, pero en cambio son muy raras. La persistencia de las secas corrientes de aire del Oeste puede hacer que se pasen años sin llover. En cambio es frecuente la formación del rocío. Cierta que la forma del suelo de las pampas es más llana y uniforme y aun más suavemente inclinada que la de las praderas, y cierto es también que las plantaciones de árboles son posibles en mayor extensión, pero siempre pueden ser las pampas con razón denominadas praderas de la América del Sud, en donde vuelven á aparecer también las estepas desiertas del Norte en la estepa de Chanar que al pie de los Andes ocupa una superficie desde los 24° á los 36° de latitud Sud y cuyo suelo pedregoso apenas está cubierto por raquíuticos arbustos y por miserables hierbas. Por esta razón la agricultura necesita allí para poder prosperar los riegos artificiales. En las Salinas y en el Campo del Arenal reproduciese el desierto de Atacama. Las praderas propiamente dichas son aquellas superficies de verdura de las verdaderas pampas que entre los 29° y los 40° de latitud Sud, desde Córdoba á Patagonia, cubren un suelo desprovisto de guijarros y encantador que constituye una de las estepas de hierba más uniformes del mundo. Más hacia el Sud extiéndose la estepa patagónica en donde el continente se va estrechando cada vez más; los guijarros llegan en este territorio hasta el mar, el suelo es pedregoso y estéril y el aire seco gracias á la preponderancia de los vientos del Oeste. Pero en donde la sequedad alcanza su grado máximo es al otro lado de las cordilleras, en las estrechas fajas de la costa, en donde, entre los 15° y los 25° de latitud Sud aparecen en vez de las lluvias secas nieblas y en donde, como también en las importantes alturas de Puna, la mayor parte de las lluvias caen en forma de repentinos aguaceros, consecuencia natural del carácter extremo que allí presenta el clima.

Encerrado por este cinturón y en el espacio que comprenden los dos trópicos existe una porción de país tropical muy favorecido por el clima bajo muchos conceptos. El calor, en igualdad de condiciones, no cede en nada al que se nota en otros territorios situados en los trópicos, pero la variedad que caracteriza la configuración de su suelo es causa de grandes cambios y por encima de los extensos terrenos bajos del Amazonas y del Orinoco condenados á un eterno verano reina una constante primavera en los bancales centrales de las estribaciones de las cordilleras que son indudablemente uno de los más fértiles y hermosos lugares del globo. Las temperaturas del verano y del invierno se diferencian poquísimas, disfrutando notablemente de estas favorables condiciones las comarcas que representaron un papel importante en las antiguas civilizaciones de América. Méjico, Bogotá y Quito disfrutaban de una temperatura eternamente primaveral y en este último punto la diferencia entre el verano y el invierno no excede de 1 1/2°; y aun en las inmediaciones de Cuzco, sumamente secas y áridas, existen, por lo menos, preciosos oasis representantes de este carácter climatológico tan lleno de atractivos.

La fauna y la flora americanas ofrecen una riqueza extraordinaria, pero una y otra han dado hasta ahora al Nuevo Mundo muchos menos animales domésticos y plantas de cultivo que las del Antiguo Mundo. O. Peschel ha pretendido, en su «Etnografía», exponer esta relación com-

parando el antiguo con el nuevo continente del siguiente modo:

ANTIGUO MUNDO	NUEVO MUNDO
<i>Frutos farináceos y legumbres.</i>	
Trigo, centeno, cebada, avena, mijo, mijo de negro, alforfón, sorgo, arroz, lentejas, guisantes, arvejas, judías, ignamos.	Maíz, mandioca, patatas, <i>Chenopodium Quinoa</i> , batatas, mezquite, ignamo (?)
<i>Frutas de zona templada.</i>	
Uvas, manzanas, peras, ciruelas, cerezas, albaricoques, melocotones, naranjas, higos, dátiles.	Racimos de catawba.
<i>Plantas con materias fibrosas.</i>	
Algodón, lino, cáñamo, morales con gusanos de seda.	
<i>Espicias.</i>	
Pimienta, jengibre, canela, nuez moscada, clavel, caña de azúcar.	Vainilla, pimienta colorada ( <i>Capsicum annuum</i> ).
<i>Narcóticos usados como placeres.</i>	
Te, café, adormidera (opio), cáñamo ( <i>haschisch</i> ).	Te del Paraguay, cacao, tabaco, coca.

Ya se comprenderá que esta lista no es decisiva ni completa, pues es indudable que algunos valiosos productos de aquellos países han recorrido su camino por el mundo. Por de pronto podemos citar una porción de plantas que fueron útiles y algunas veces indispensables á los indios y á los primeros colonos que de ellos aprendieron y en ellos se apoyaron. Empezando por la América del Norte, encontraremos que los indios y los habitantes de las selvas que les imitaban comían las raíces de la *Lewisia rediviva*, de la *Apios tuberosa*, del *Lupinus littoralis* y de muchas especies de *Oenothera*. Entre las setas comestibles, muchas de las cuales no fueron conocidas por los indios como tales á pesar de lo mucho que abundan (sólo en la Carolina septentrional hay 108 clases) merece citarse la llamada patata india ó pan indio ó *tuckahú* (*Lycoperdon solidum*), seta que llega á alcanzar un peso de 30 libras y que crece en los Estados del Sud. Como ensalada ó legumbre cómense las hojas de distintas clases de *Leontodon*, de chenopodias (véase el grabado de la pág. 9), de *Phytolacca decandria* y de *Caltha palustris*. El *Chamerops Palmetto* con sus botones de hojas ofrece una berza de palma; las hojas tiernas de la *Agave americana* cocidas constituyen un guisado sabroso. Uno de los manjares favoritos de los wintunes es el trébol que cuando florece es extirpado en grandes cantidades; á menudo se ven tribus enteras buscando en los prados trébol cuyas cabezuelas recogen y arrollan formando pequeñas bolas que encuentran sabrosísimas. Las hojas de algunas ericáceas proporcionan un te que es muy apetecido por los «viajeros» y corredores de bosques del Noroeste; estas ericáceas son: la *Gaultheria procumbens* (clemátide), el *Arctostaphylos Uva Ursi* (gayuba), cuyas hojas se mezclan también con tabaco, y el *Ledum latifolium* (te de pantano). Esos corredores de bosques han enseñado cómo pueden ser explotados los dones de la naturaleza, puesto que han comido ó utilizado de otra suerte una porción de cosas junto á las cuales pasa indiferente el hombre más aficionado á la agricultura. El príncipe de Wied dice, por

ejemplo: «Para refrescarse llevaban los canadienses una gran cantidad de alburno de chopo que ellos denominan *La Sevre*, cuyas raspaduras chupan con avidez: el jugo de esta planta tiene un sabor dulce bastante agradable, algo parecido al de las sandías y es altamente refrigerante.» Cuando la nieve cubre las praderas este alburno constituye á menudo el único alimento de los caballos que carecen de forraje. Según afirmación de Cook, las gentes de Nutka comen seis clases de raíces, entre ellas la de un helecho, y además los retoños de los pinos y algas lacustres, pero no sustancias más fuertes como los puerros y los ajos. Los wintunes de California llenan sus estómagos, durante los largos y rigurosos inviernos, con la dulce corteza del pino amarillo y en el alto Saskatchewan cuando se malogran la caza y la pesca y amenaza, por ende, el hambre, escarba el indio de las rocas de las montañas un líquen, una *Gyrophora*, y lo cuece confeccionando una nutritiva gelatina. Gatschet enumera las siguientes plantas útiles que crecen en estado silvestre en el territorio de las tribus yumas del bajo Colorado: la *Agave deserti* (meskal) cuyas raíces se asan y se comen por su sabor dulce; el piñón (*Pinus edulis* y *P. monophylla*) que produce unas nueces aceitosas; el nopal que da gran cantidad de frutos dulces; el mesquite (*Algarobia glandulosa* y *Strombocarpia pubescens*) con sus dulces cáscaras y sus habas que molidas dan una harina alimenticia; la amola (*Yucca baccata*) con sus frutos comestibles y sus hojas de duras fibras; la pitahaya (*Cactus Pitahaya*) de dulce fruto y el *Cereus giganteus* cuyo meollo y cuya raíz contienen algunos elementos nutritivos.

Esta región como todo el seco Occidente al Oeste de los 100° de longitud Oeste, preséntase mucho más propicio á la ganadería que á la agricultura. Los sitios húmedos contienen infinita variedad de hierbas que también aparecen, aunque más raquílicas, en los secos arenales, y cuyo mayor desarrollo se verifica durante el período de las lluvias. Entre las hierbas de la América del Norte citaremos la *Zizania* (véase el grabado de la pág. 12) como gramínea; la *Digitaria pilosa* que produce granos comestibles, la *Echinochloa colona* que se cultiva en Méjico como mijo, la *Glyceria fluitans* de granos comestibles, el *Agropyrum repens* cuya raíz es comestible, el *Tripsacum dactyloides* de Méjico que también produce granos comestibles y es á la vez hierba de forraje. Entre las hierbas de la América del Sud y de la India occidental merecen ser citadas: el maíz, el *Paspalum stoloniferum* y el *Milium nigricans* con granos comestibles y parecidos al mijo, en clase de forrajes del Perú; el *P. spectabile*, como forraje del Brasil; el *Dactyloctenium aegyptiacum* de granos comestibles; la *Dactylis caespitosa*, forraje de las islas de Falkland; la *Festuca Coiron*, el *Bromus mollis* y la *Chusquea Quila*, tres excelentes forrajes de Chile; la *Ch. valdiviensis*, de 6 á 8 metros de altura y la *Guada angustifolia* de Colombia. No es seguro que sea americana la *Digitaria sanguinalis*, mijo sanguíneo, cuyos granos se comen como sémola de maná. Hieronimus cita también, en su «Flora de los argentinos», el *Panicum colonum* como hierba de granos comestibles.

En la América del Sud se clarean las selvas vírgenes de las comarcas montañosas por medio del fuego, obteniéndose de esta suerte unos prados artificiales en los cuales crecen dos hierbas muy nutritivas llamadas de Guinea (*Panicum maximum*) y de Pará (*P. molle*) muy extendidas por esta mitad del continente americano. En algunas regiones extensas la alfalfa sustituye á los prados; en las fértiles hondonadas de los valles, como por ejemplo en el famoso valle de Oajaca, esta suculenta verdura cubre territorios de muchas millas cuadradas; André la encontró

también en los Andes septentrionales como elemento característico de las tierras de cultivo. Descendiendo de las mesetas estepas de Quito ó de Bogotá cubiertas de amarillos prados secos, descúbranse en las profundidades de los valles grandes superficies plantadas de alfalfa, maíz, trigo y patatas y más abajo todavía, en las márgenes de los ríos ó en los bancales de los valles se ven verdes espacios con plantaciones de caña de azúcar. Pero la más importante de las hierbas americanas es indiscutiblemente el maíz cuyo origen, según todas las probabilidades, ha de buscarse en América, á pesar de que hasta la fecha no ha sido posible encontrar la primitiva planta en estado silvestre ni señalar la procedencia concreta de una porción de variedades que desde antiguo se cultivan, viéndose esta investigación dificultada por la misma abundancia de clases de las cuales André contó 13 sólo en el mercado de Bogotá. Únicamente por hipótesis puede decirse que unas parecen proceder del Perú y otras de Méjico. Los granos de maíz que se han encontrado en antiguos sepulcros indios pertenecen á distintas variedades hoy todavía cultivadas y solamente en Ancón se ha hallado una especie que quizás ya no existe. Las clases de maíz del Perú, de Chile y de Méjico ofrecen muchas semejanzas entre sí y todas se diferencian más ó menos de las antiguas formas norteamericanas. Es digno de notarse que el maíz que, según Wittmack, se encontró en Ancón, es decir en la costa, es de espadix corto como el que en la actualidad prospera únicamente en las montañas del Perú.

Las selvas vírgenes de la América del Sud y Central contienen gran abundancia de frutos indígenas, tales como: la guayaba, la oshuba parecida al fruto del coquerete, la curupa, la chulupa, el mamei, la chirimoya, el avogado, el anacardo, la ciruela, la anana, la granadilla, el fruto de una pasiflora, los tomates de varias clases desde el que tiene el tamaño y el sabor de la guinda hasta el picante de Chile que produce la llamada pimienta de la India, especia indispensable en todos los manjares indios. El nogal de Colombia (*Juglans bogotensis*) rivaliza con las yugláneas europeas y americanas. La planta leguminácea *Erythrina Corallodendron* produce unos granos comestibles; André cita dos morales que crecen en la meseta de Bogotá y en las regiones elevadas y en las partes más meridionales de la América del Sud agréganse á estos frutos innumerables bayas que en Colombia, por ejemplo, son de la especie *Rubus*. Cook dice de Nutka: «Encuétrase aquí, sin el menor indicio de cultivo, una superabundancia de arbustos de saúco, de grosellero espinoso y de grosellero encarnado cuyos frutos comen, al parecer, los indígenas, quienes no desdeñan tampoco de comer las hojas crudas del último y las de las liliáceas.» Además de la cizaña cómense también, como granos, las semillas del *Lupinus biennis*. Hay también dos clases de castaños cuyos frutos son comestibles, á saber: la *Castanea americana* en los Estados centrales, y la *C. pumila* en los del Sud; comestibles son asimismo los frutos de dos avellanos, en el Norte, y de algunas especies de *Hamamelis*, en el Sud. La *Quercus castanea* y la *Q. alba* y el roble producen unas bellotas dulces. La nuez butirácea, la nuez *pekan* y otras especies de hikorís representan en América á nuestras nueces, pero tienen la cáscara más gruesa y el fruto más pequeño. La *Hamiltonia oleifera* da también una nuez comestible. Entre las frutas y las bayas citaremos el fruto refrigerante del *Podophyllum callicarpum* (mandrake, limón silvestre) y el del *Diospyros virginiana* (persimón); la ciruela de Damasco se parece á la ciruela icaco del *Chrysobalanus Icaco*; el *pawpaw* ó papayero (*Papaya vulgaris*) produce unos frutos muy pareci-